

ARTÍCULO

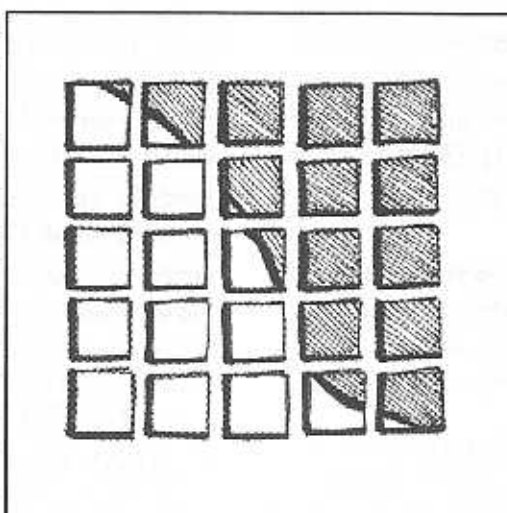
EL LEGADO REPUBLICANO Y DEMOCRÁTICO DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Sergio Micco A. y Daniela Moreno T.⁵⁷

En estas breves líneas afirmaremos que Raúl Silva Henríquez desarrolló un hondo pensamiento democrático que buscó plasmar en su vida como ciudadano chileno. Sin embargo, describir dicho pensamiento en tan breves páginas es imposible y quizás inapropiado. Imposible, pues su obra es vasta y se desarrolló dirigiendo la Iglesia de Santiago y ejerciendo la presidencia de la Conferencia Episcopal bajo cuatro Gobiernos con ideologías y características muy distintas: el de Jorge Alessandri, el de Eduardo Frei Montalva, el de Salvador Allende y el de Augusto Pinochet; pero nos acompañó también bajo las administraciones de Patricio Aylwin y de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Tarea, quizás, también inapropiada, pues lo que en él valía no eran principalmente sus palabras, sino sus obras.

Es sumamente complejo sintetizar la vida de un gran hombre en pocas palabras, sobretudo si el gran hombre al que nos referimos es el Cardenal Raúl Silva Henríquez, pastor que entregó su larga vida al servicio de la Iglesia, de nuestro país y de su pueblo, a los que tanto amó. Algunos le han llamado profeta, otros se han referido a él como un padre de la patria, el pueblo lo denominaba simplemente amigo. Pero pese a las diferencias que en ello encontramos, y

sea cual sea el nombre para mencionarlo, la imagen que nos inspira al recordarlo es sólo una: la de un gran servidor, hombre de fuertes convicciones y autor de numerosas obras que plasmaron su ser y su deseo de hacer de Chile un país donde las personas pudiesen disfrutar de la vida buena. Y es que cuando el Cardenal contemplaba a su al-



rededor y evidenciaba la injusticia social, el abandono de los más pobres, el atropello a los derechos humanos, el egoísmo, la falta de vivienda y de alimento, no podía más que "poner manos a la obra" y abocarse a la tarea de eliminar dichas circunstancias.

Así, para paliar el hambre distribuyó a través de Caritas Chile⁵⁸ toneladas de alimentos a quienes lo necesitaban; para dar mejores condiciones de vida a los campesinos

donó los fondos de la Iglesia para que ellos trabajaran lo propio, y creó el Instituto de Promoción Agraria para darles crédito y asistencia técnica; para dar nueva fuerza a la fe de los cristianos puso en práctica los lineamientos del Concilio Vaticano II; para dar orientación e iluminar a los jóvenes creó la Vicaría para la Educación, la Vicaría Pastoral Universitaria y la

⁵⁷ Politólogos e investigadores del Centro de Estudios para el Desarrollo (CED). Sergio Micco es Director del CED.

⁵⁸ Institución de beneficencia.

Vicaría Pastoral Juvenil; para ayudar a la subsistencia de las organizaciones sindicales y traspasar la Buena Nueva a los obreros creó la Vicaría Pastoral Obrera; para acoger a los niños desamparados creó la aldea S.O.S en Punta de Tralca; para dar viviendas dignas a nuestros compatriotas creó el Instituto de Vivienda de Caritas y luego el Banco del Desarrollo que daría créditos con ese fin; vio la persecución ideológica y creó la Vicaría de la Solidaridad⁵⁹. Instancias que le valdrían el reconocimiento de las Naciones Unidas, que le confirió el Premio Derechos Humanos el 10 de diciembre de 1978, y el de la Fundación Bruno Kreisky, que el 19 de octubre de 1979 le entregó su premio por la misma causa.

GRANDE LA OBRA, PERO MUCHO MÁS GRANDE EL ARTESANO

Grande la obra, pero mucho más grande el espíritu que la concibió y ejecutó perseverantemente en medio de la tempestad del Chile de los últimos cuarenta años. Detrás de esta magnífica obra se escondía sin duda un poderoso pensamiento. Diez son las reflexiones que queremos compartir con ustedes, teniendo a la vista los desafíos que impone la actual situación política nacional.

En este marco nos atrevemos a sostener que Raúl Silva Henríquez nos diría con su voz fuerte y gruesa:

Hijos míos, la democracia vale.

En octubre de 1972 el Cardenal da su opinión respecto a la situación política nacional, en entrevista al diario La Tercera de la Hora: *"Se me ha preguntado cuáles serían las condiciones para que en Chile se restablezcan el entendimiento, la armonía y la tranquilidad espiritual que el país necesita ... respondo: La primera condición es el respeto a la autoridad legítima: ... que incluye a los tres poderes del Estado y a quienes actúan en nombre o por mandato de cada uno de ellos. Hablo de respeto a los cargos e institu-*

ciones en que la autoridad se encarna ... La segunda es el respeto a la verdad: La verdad existe y el pueblo tiene derecho a conocerla ... la libertad de opinión y el derecho a informarse y a informar son inseparables. Ciertamente que esa libertad y ese derecho imponen la obligación correlativa de actuar responsablemente, dentro del más celoso respeto a la persona humana y al bien común, sirviendo a la verdad antes que a sí mismo ... La tercera es el respeto a la persona humana: Respeto que significa en la práctica amar el derecho de los otros, tal como ama uno sus propios derechos ... Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de todos sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a organizarse y agruparse, su derecho a expresarse e informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe ... La cuarta condición es el respeto a Chile".

La democracia vale, pues es el único sistema político que se basa y sólo germina en el respeto de la dignidad de la persona humana. En la Vigilia Pascual de 1974 señaló: *"Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho en todos los tonos, esta verdad. No se nos ha oído."*

QUIERO PARA USTEDES UNA DEMOCRACIA EN LA IGUALDAD

El Día del Trabajador, de 1974, señaló: *"La economía -enseñará constantemente la Iglesia- ha de estar al servicio del hombre. El principio rector, el motor esencial de la vida económica no puede ser el lucro; su ley suprema no puede ser la libre competencia de la oferta y la demanda ... La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos".*

⁵⁹ Ortega, Miguel, «El Cardenal Silva Henríquez: Un Profeta»; pp. 10-12.

Es claro que el Cardenal sabía la importancia de reconocernos como hermanos, pues en su mensaje anterior a la elección de 1970 nos dijo: "Quiero una democracia en la libertad".

Pero va más allá, al legitimar a la libertad como el objetivo de la democracia y al hombre como el centro de dicha organización. Y lo hace, precisamente, en algo tan sensible como la libertad religiosa: "... esta libertad es una de las conquistas anheladas por la sociedad democrática de hoy, teniendo como base el reconocimiento de la dignidad de la persona humana y admitiendo la incompetencia de las potestades civiles en la discriminación de la verdad religiosa, para individuos y comunidades» (Congregación General del 23 de septiembre de 1964 del Concilio Ecuuménico Vaticano II). Sin embargo, ese apoyo a la libertad está salvaguardado por el respeto al Estado de derecho". Así, en el Te Deum del 18 de septiembre de 1973 dijo: «Junto a nuestro amor a la libertad existe entre nosotros el amor y respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley, y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho -también legítimo- de sentir de otra manera.» Más tarde, con ocasión de la conformación de una Asamblea para la redacción de la nueva Constitución, dijo: "De ella dependerá, en palabras del Papa Pío XII, 'la vida o la muerte, el contento o la exacerbación, el progreso o la decadencia'; en definitiva, la paz y la grandeza de nuestra nación".

Si bien no era una costumbre del Cardenal hablar directamente de la organización política nacional, ante la urgencia de los hechos en la víspera de la elección presi-

dencial de 1970 dijo: "Reconozcamos que es un lujo, un privilegio, no muy común en nuestra América, poder elegir así, con esa seriedad, con esa libertad, a los representantes y servidores de un pueblo soberano. Pero este privilegio hay que cuidarlo; este proceso hay que dignificarlo ... Y un proceso destinado a hacernos crecer en nuestra madurez ciudadana, a consolidar nuestra comunidad de tareas y destino, amenaza desgarrarnos con la división y empeñar nuestra convivencia con una nota de amargura. Por eso creo mi deber decir una palabra ... PAZ ... Estamos en el umbral de una decisión ciudadana ... El candidato elegido no podrá ni más ni menos que ser intérprete, coordinador de este anhelo y tarea que viene desde el pueblo y necesita del pueblo mismo como su principal protagonista e insustituible ejecutor (la paz).» Con estas palabras, el Cardenal no sólo refuerza uno de los principales valores presentes en la democracia, cual es la confianza interpersonal, sino que además reconoce la capacidad de juicio de los ciudadanos de nuestro país.

QUIERO UNA DEMOCRACIA EN LA TOLERANCIA

En entrevista dada al diario Las Últimas Noticias, el 20 de enero de 1968 establece: "Sería una falta de cristianismo y una ausencia de democracia el no aceptar que otra persona piense distinto de uno".

Asimismo, cuando la Pontificia Universidad Católica de Chile entrega el Doctorado Scientia et Honoris Causa al poeta Pablo Neruda, dijo: "La Iglesia aprecia la Verdad, el Bien y la Belleza, aunque estén representados en quienes no participan de su convicción religiosa. En otras palabras, la Iglesia Católica, por su naturaleza, el Cristianismo, por su naturaleza, no pueden ser sectarios, pues el sectarismo está reñido con nuestra esencia profunda. Allí se arraiga la existencia del sano pluralismo...".

QUIERO UNA DEMOCRACIA EN LA PAZ

El 20 de julio de 1970 nos dijo: *"El servicio propio del sacerdote es ofrecerse para que, en la Iglesia, esos hombres encuentren su Casa: la Casa donde se puede legítimamente discrepar, ser incluso adversario, pero no enemigo"*. Finalmente, en agosto del mismo año establece que: *"Nadie educa mejor a su hijo que el que vive delante de él una vida marcada por la justicia, dándole a cada uno lo suyo, reconociéndole a cada cual su derecho a discrepar, alternando con amigos y adversarios, en un clima de respeto y de serenidad, rechazando como un arma innoble la mentira, la verdad a medias, la imputación calumniosa y el insulto, sin tolerar nunca que una opinión política, legítima y respetable, quiera imponerse a costa del valor supremo, que es el respeto a toda persona y a toda vida humana"*.

QUIERO UNA DEMOCRACIA FUERTE

En su intervención en el Congreso Mundial de Empresarios, en 1981: *"No conviene al Bien Común que sean el individuo y su poder los que construyan el proyecto social colectivo, como tampoco que sea el Estado el que dicte el cuerpo social. Debe ser la propia sociedad, organizada a través de la vitalidad de los organismos intermedios, la que debe construir ese proyecto social, al cual se someten a la par la economía como actividad posibilitadora y la política como actividad de dirección y administración de ese conjunto de objetos y prioridades. Reconocemos la primacía del Bien Común engendrado en los cuerpos intermedios, alimentados desde la base social misma. Base social donde la empresa, la profesión organizada, el sindicato y el gremio juegan un papel de primera importancia, junto a la organización del consumidor y del usuario."*

QUIERO UNA DEMOCRACIA ACTIVA

El 1º de mayo de 1976 dijo: *"Se trata, como se ve, de que los hombres -y particularmente los trabajadores- puedan asumir su rol de sujetos y no de objetos de la Historia. Que puedan elegir y decidir su destino, en lugar de recibirlo, pasiva y silenciosamente, de otros; aportar su experiencia y ejercer su responsabilidad, como lo exige su naturaleza de personas libres y el desarrollo económico, social y político de la época contemporánea."*

QUIERO UNA DEMOCRACIA VIRTUOSA, CON CIUDADANOS CELOSOS DE SUS DERECHOS Y DEBERES PARA CON LA COMUNIDAD

"¿Cómo conquistar esa paz? Ante todo, perdiéndonos el miedo unos a otros. Y la mejor manera de perder el miedo es conocernos -que es ya, empezar a comprendernos- ... Eso es precisamente lo que hace tan precaria nuestra paz: que nos tenemos miedo. Nos miramos con recelo, sintiendo o creyendo que uno amenaza los derechos del otro. Por eso nunca tendremos paz si no tenemos justicia. sí: la paz es obra y fruto de la justicia, y la justicia consiste en amar los derechos de los otros, tal como ama uno sus propios derechos ... descubramos de una vez que nunca nuestros derechos están mejor resguardados que cuando amamos los derechos de los otros".

QUIERO UNA DEMOCRACIA PARA TODOS LOS HABITANTES DE LA HUMANIDAD

Reconociendo la influencia del entorno externo, don Raúl insta -en su intervención en el seminario "La Iglesia y el Proceso de Integración Andina", el 2 de mayo de 1976- a la colaboración internacional: *"... los Estados se hallan obligados a respetar los derechos más altos de la 'república internacional', dotada de efectiva autoridad sobre todos los pueblos ... hay poderes y fuertes influen-*

cias que se desplazan por el mundo entorpeciendo la acción de los hombres de buena voluntad y haciendo difícil la realización de esa justicia internacional.

No se trata sólo de algunos poderes políticos interesados por ganar nuevos adeptos a su causa o por imponer sus propias ideologías, sino también de las llamadas empresas multinacionales, que, con frecuencia, manejan sumas bastante mayores que los escuálidos presupuestos de los países que, en terrible ironía, han sido llamados "en vías de subdesarrollo"... Porque es importante que en los organismos internacionales todas las voces puedan expresarse en igualdad de condiciones... El crecimiento económico, el aumento del Producto Nacional Bruto, no debe ser la medida del bienestar, sino sólo un instrumento para resolver los problemas de desigualdad social. Así, pues, el crecimiento no es un mero problema económico, sino que se inscribe al interior de un problema ético, de justicia social redistributiva". Con el mismo objetivo, el 25 de noviembre de 1979 dijo: "Los problemas de áreas rurales y urbanas, de la industria y la agricultura y del medio ambiente, son, en larga medida, una tarea común. La búsqueda decidida de todo esto ayudará a difundir por el continente un sentimiento de fraternidad universal, que se extiende más allá de confines y regímenes."

QUIERO UNA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA Y AL SERVICIO DE LOS GOBERNADOS

En su primer mensaje como Arzobispo de Santiago, el 24 de junio de 1961 dijo: "Y por eso el que representa los intereses de los demás, el que lucha por ellos, debe estar dominado por la voluntad de servir. Debe creer en la nobleza de su propia causa y entregarse sin límites a una gran obra", con lo que acepta el principio de representación y reconoce una motivación noble en esa función; creencia que sostiene nuevamente y que complementa al dirigirse al clero el Jueves Santo de 1966: "...

tengan los obispos a sus presbíteros como hermanos y amigos, escúchenlos con gusto, consúltenlos, discutan con ellos sobre el bien de la diócesis... Y para que esto sea una realidad, constitúyanse de una manera apropiada a las circunstancias y necesidades actuales, con estructuras y normas que ha de determinar el derecho, un consejo o senado de sacerdotes, representantes del Presbiterio, que puedan ayudar con sus consejos eficazmente al Obispo en el régimen de la diócesis... es necesario que exista un órgano más reducido que sea auténtico y efectivo representante del Presbiterio y que a través de él pueda funcionar la solidaridad ministerial de todos los miembros del clero al Obispo. Ha de ser, pues, este órgano la real expresión del Presbiterio, el verdadero complemento y explicación (próvido cooperador) del Obispo en su función de Vicario de Cristo para su Iglesia particular y verdadera representación de todos los presbíteros de la diócesis».

PALABRAS FINALES

Como lo sugieren las convocantes a este seminario, la democracia chilena enfrenta difíciles desafíos. Sólo mencionaré los siguientes:

- Transición institucionalmente incompleta y consolidación democrática pendiente;
- Sistema político democrático en un sistema social desigualitario y marcado por la lógica mercantil e individualista; y
- Creciente despoltización de la ciudadanía.

A este respecto, se me vienen a la mente las siguientes palabras de Monseñor Raúl Silva Henríquez, pronunciadas el 18 de septiembre de 1976:

"No es necesario, por eso, inventar un camino: nuestra más pura tradición democrática y republicana

es el camino. A nosotros nos toca reconquistarla y readecuarla a situaciones siempre cambiantes”.

El Cardenal invoca nuestra tradición patria. Ella nos enseña que el republicanismo y la democracia han sido parte de nuestro proyecto como nación. Ello fue bellamente descrito en el “Alma de Chile”.

Como se sabe, los primeros patriotas vieron en el ideal republicano un régimen político digno de imitar, inspirado en los modelos de la Grecia clásica, las repúblicas italianas - Florencia y Venecia - del Renacimiento y los aspectos igualitarios y fraternos de las revoluciones norteamericana y francesa. Dicho ideal destacaba la idea del gobierno popular como el único legítimo. La participación del pueblo en la cosa pública, como algo bueno si y sólo si contribuía a los verdaderos fines de la política: la justicia, la estabilidad y grandeza del Estado.

Pero fundamentalmente los revolucionarios latinoamericanos abrazaron en el ideario republicano el sueño de la igualdad, de la cosa pública que es de todos (gobierno popular) y para todos (interés general en oposición a todo particularismo) y, en consecuencia, opuesto a la idea monárquica. El *ethos* republicano o cívico, reclamaba como ideal al ciudadano activo y virtuoso, valorando la vida dedicada a la participación pública. No se trataba de un politicismo extremo o de una democracia radical. Más bien su exigencia era y es que debe ser parte del bien de cada persona el estar implicado en algún sentido en el debate político, de modo que las leyes y políticas del Estado no aparezcan ante ella simplemente como imposiciones extrañas, sino como el resultado de un acuerdo razonable del cual ha formado parte.

LA REPÚBLICA ES UNA ODA A LA IGUALDAD, A LA LIBERTAD Y A LA CIUDADANÍA VIRTUOSA

El *Ethos* democrático se estructura a partir de un conjunto de valores que le dan sustento a sus reglas y procedimientos. La política democrática supone la *igualdad*, es

decir, ella constituye un proceso de deliberación, persuasión y decisión entre pares. La democracia sólo puede darse en un marco de *libertades negativas*, que sirven de barrera a todo poder despótico, y de la *libertad positiva*, consistente en el derecho de participar en la elaboración de toda ley y decisión. Tal proceso de deliberación y decisión se da respetando estrictamente el *pluralismo y tolerancia*, es decir, en el respeto absoluto del derecho del otro a expresarse y participar. Junto con ello la política democrática es la política de la *paz y de la resolución pacífica de los problemas*.

Si analizamos cada uno de estos valores, veremos que ellos son tremendamente difíciles de darse. De hecho, muy pocos países gozan de su aplicación. Y la historia de la humanidad es un largo relato de imperios, reinos y repúblicas autocráticas y no democráticas.

Ethos republicano y democrático. En ello está empeñado el pueblo de Chile. Actualmente nos preocupamos y nos ocupamos en construir nuestro hogar público en torno a estos ideales. Si tomamos esta perspectiva, es claro que la república y la democracia chilena no sólo requieren el mayor número de ciudadanos comprometidos con ello, sino que requiere de ciudadanos que estén dispuestos a realizar sacrificios de legítimos intereses personales en aras del bien común.

Si ello no lo tenemos, no es motivo de desesperación. Por el contrario, a la luz del pensamiento y, sobre todo, de la obra del Cardenal Raúl Silva Henríquez digamos que el espíritu democrático y republicano terminará por imponerse, como ocurrió bajo el liderazgo esclarecido del Cardenal amigo del pueblo.

LA MUERTE DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ⁶⁰

La muerte de Raúl Silva Henríquez conmovió al país. Los medios de comunicación social, grandes aliados de la mediocridad que invade desde hace años a esta sociedad, mostraron por largos minutos o fotografiaron profusamente

⁶⁰ Sergio Micco y Eduardo Saffirio. Abogados y científicos políticos. Investigadores del centro de Estudios para el Desarrollo.

un féretro, actos religiosos y ritos funerarios. También se refirieron, por primera vez en serio, a la historia verdadera del país durante la última mitad del siglo.

El hedonismo, la ramplonería y la levedad, que han seducido por años a quienes están en condiciones de privilegio social para poder disfrutarlos, cedieron momentáneamente el paso al hecho brutal de la muerte y de la historicidad. Por algunas horas aparecieron los temas "fuertes": reformas sociales, violencia social y política de masas, quiebre institucional, violación de derechos humanos, relación entre fe y política, evangelización de la cultura en los tiempos del secularismo. Sectores ciudadanos que muchas veces consideramos en los análisis narcotizados por el consumo, material y mediático, y por el incivismo, salieron de sus pequeños mundos privados a las calles y al espacio público.

Debido a lo anterior, todos los actores políticos tuvieron que pronunciarse, sumándose al merecido (¿y tardío?) reconocimiento a un hombre admirable. Sin embargo, observando esa aparente unanimidad, quizás convenga destacar que Silva Henríquez fue, durante décadas, un fuerte signo de contradicción en esta sociedad.

Lo fue para la derecha: volcó a sectores significativos de la Iglesia Católica del confesionario a la reforma social, se negó a lanzar anatemas contra el gobierno de Allende y, luego, no bendijo las banderas "victoriosas" de los carceleros de septiembre, defendió los derechos humanos violados por los agentes de una dictadura pretendidamente "humanista-cristiana" e, indiferente a la tasa del crecimiento económico anual, condenó el costo social del "milagro" neoliberal gestado por los católicos muchachos de Chicago.

Lo fue para la DC: pese a su innegable ideario social cristiano, el Cardenal no se sumó jamás a las estrategias polarizadoras de la mayoría de la oposición a Allende. Llamó desde un inicio a la defensa de los derechos humanos y a la unidad de acción en ella de "cristia-

nos, laicos y marxistas", y selló definitivamente el no confesionalismo de la Iglesia Católica, incomodando a sectores DC para los cuales, en la práctica, dicho partido posee una especie de opción preferente sobre el mundo católico y una vocería especial a la hora de expresar lo que se estiman sus "valores".

Lo fue para la izquierda: ante su figura y obra cayeron ayer de un plumazo los simplistas eslóganes de "la religión es el opio del pueblo" y se desmoronan hoy día las maniobras electorales de algunos de sus intelectuales y políticos, descubridores tardíos del "laicismo" en una sociedad que nunca tuvo una Iglesia Católica enemiga de la República o dique frente a la reforma social. Otros peores, con astucia que no es proletaria, sino pequeño-burguesa, disparan contra la Iglesia Católica porque han aprendido de la derecha autoritaria que, contra lo que se diga, en esta sociedad sigue siendo más fácil apuntar contra la sotana que contra la cuenta corriente o el uniforme militar.

Como no es tema pertinente al debate cívico, nada diremos de la oposición y maquinaciones de gruesos sectores eclesiásticos, insertos en los pleamares del post concilio, contra el Cardenal "rojo".

Pese a lo anterior, el hecho esencial, ya que nada sabemos de las conversiones individuales siempre misteriosas, es que a finales de los '80, a la salida del autoritarismo, la Iglesia Católica chilena estaba dotada de una legitimidad social quizás sólo comparable a la que tuvo en la Colonia. Claro que esa legitimidad ya no dependía del "peso de la noche", la dominación o la superstición, sino del respeto y de la adhesión voluntaria de las masas urbanas de fin de siglo. Parte de esa legitimidad fue mostrada en la ordenada, silenciosa y multiclasiista fila ciudadana que copó durante varios días las calles adyacentes a la Iglesia Catedral.

Políticamente, más allá de las previsibles e inevitables palabras de buena crianza que todos los actores han pronunciado y pronunciarán, convendría meditar qué deja como lec-

ción la vida de Silva Henríquez a esta sociedad carente de un consenso democrático profundo y que, manchada por las desigualdades, los privilegios y el egoísmo, requiere que se escuchan de una buena vez "las voces del silencio":

Quizás, que la dignidad humana debiera ser el norte definitivo de la vida social, por lo cual la violación de los derechos fundamentales es inaceptable.

Que, por lo mismo, el régimen democrático de gobierno vale. Y que sin una mínima amistad cívica entre los políticos este se derrumba.

Que, frente a la modernización capitalista que vivimos, se requieren muchas pequeñas Vicarías de la Solidaridad, distintas a la pura filantropía, que acojan a los numerosos "perdedores" -víctimas- del sistema.

Que si las fuerzas espirituales de un país no están dirigidas por fanáticos, se constituye en una reserva invaluable de moral y de decencia para su sociedad.

Que, contra lo que muchas veces podemos creer, los titulares de los diarios y los programas televisivos no cambian la historia. Menos aún, la borran.

En los últimos meses, primero a propósito de la detención de un ex dictador y luego de la muerte de un Cardenal católico, pareciera inevitable, para las personas y los pueblos, el balance profundo. Cuando éste se comienza a realizar, las cifras macroeconómicas y los sofisticados diseños transicionales nada valen frente a una viuda, una hermana o una madre vestidas de negro. Quedan reducidos a su verdadera significación civilizatoria y, por lo mismo, salen de escena. Igual que los juegos del poder frente a Antígona en la tragedia griega, o los futbolistas, mercaderes, bufones, reinas de belleza y saltimbanquis frente al cadáver de un anciano de 91 años en las pantallas de la televisión chilena. •

